

LÓGICA Y LITERATURA

JULIÁN SERNA ARANGO
Profesor de la Escuela de Filosofía
Universidad Tecnológica de Pereira
Colombia

Mientras la aplicación de la lógica y la matemática en el ámbito físico-biótico ha sido pródiga en éxitos; en el ámbito socio-cultural, en cambio, ha tropezado con múltiples escollos en virtud de la diversidad de léxicos y la diversidad de roles. Para abordar los fenómenos propios del ámbito socio-cultural y hacer posible una comunicación polifónica, la metáfora, la paradoja, la ironía juegan un papel de primer orden. De allí la reivindicación de la literatura.

Palabras clave: Literatura, polisemia, comunicación, lenguaje, lógica.

While the applications of logics and mathematics has been prodigal of success in the physic-biotic environment, in the social-cultural environment, in turn, it has stumbled against multiple pitfalls, by virtue of diversity of lexicon and the diversity of rules. The deal with the phenomena inherent to the social-cultural environment and make a polyphonic communication possible, the metaphor, the paradox and the irony play a role of first order. Therein the vindication of literature

Key-words: Literature, polysemous, communication, language, logic.

1. Lenguaje

En un ensayo dedicado a Quevedo, incluido en *Otras inquisiciones*, Borges cita el siguiente pasaje de Chesterson: “El lenguaje no es un hecho científico sino artístico; lo inventaron guerreros y cazadores y es muy anterior a la ciencia”¹.

A diferencia de los números, cuyas resonancias semánticas –en la cotidianidad– giran alrededor de un atributo, la cantidad, las palabras utilizadas por el lenguaje ordinario registran una polisemia generalizada como se ilustra enseguida.

¹ BORGES, Jorge Luis: “Quevedo”, en *Otras inquisiciones, Obras completas*, Buenos Aires: Emece, 1989-1996, v. 2, p. 40.

Si a la palabra *amor* –supongamos– están vinculados los atributos de “compromiso afectivo”, “atracción sexual”, “afinidades psicológicas”, pudiéramos afirmar que -entre Juan y María- hay amor si verificamos todos y cada uno de los atributos en cuestión. De igual modo, diremos que no hay amor si ninguno se cumple. No obstante, también pudiera ocurrir que se cumplan alguno o algunos, pero no todos. En tres casos se cumplirían dos pero no uno, en tres casos se cumpliría uno pero no dos. ¿Es lícito usar la palabra amor en todos los casos? Estaríamos tentados a responder que únicamente hay amor, o si se quiere verdadero amor, si se verifican todos los atributos enumerados, al tiempo que nos negaríamos a reconocer como amor los casos restantes. Sin embargo, suele ocurrir lo contrario. Basta verificar uno de los atributos acumulados por una palabra a través de sus diferentes usos para utilizarle, lo cual pudiera parecerse ilógico o injusto.

¿Pudiéramos discriminar dos usos de las palabras: uno pleno cuando la comprometemos con la totalidad de sus atributos acumulados, y uno relativo cuando la comprometemos únicamente con alguno o algunos de ellos? Antes de cualquier cosa, debemos preguntarnos si la hipotética palabra *plena* es viable. Consideremos por ejemplo la palabra *justicia*. A través de sus usos se han ido sumando diferentes atributos: justicia como equidad (Aristóteles), como igualdad (Babeuf), como igualdad de oportunidades (liberalismo), como imparcialidad (Rawls). ¿Qué ocurriría con la palabra *justicia* si tomamos en consideración todos sus atributos acumulados a través de la historia? Ello daría lugar a un concepto contradictorio, cuando los diferentes atributos han surgido en oposición recíproca. Cuando Babeuf en su “Manifiesto sobre los iguales”, sustenta su concepción de la justicia como igualdad real, toma distancia de la concepción de la justicia como igualdad de oportunidades preconizada por otros líderes de la Revolución Francesa, que a su juicio habían traicionado la causa de las reivindicaciones sociales. Construir el significado de un término como el producto de la superposición de sus diferentes usos, o bien suele incurrir en concepciones contradictorias, o bien en concepciones vagas e imprecisas si se toman las suficientes precauciones para evitar inconsistencias, si se termina por decir poco menos que nada. Para evitar tales dificultades, es menester renunciar a la existencia de un hipotético *sentido pleno* de las palabras.

De las palabras relativas al ámbito histórico, diríamos lo que los filósofos existencialistas aducían del hombre, que no tienen más esencia que su existencia. Un par de ejemplos:

1. Dada la polisemia del lenguaje ordinario, éste no cumple con el principio de identidad A es A , cuando la palabra acumula a través de la historia diferentes usos, cuando adquiere diferentes atributos en diferentes léxicos, de una parte, y al utilizarla, de otra parte, los énfasis varían.

2. En virtud del carácter polisémico de las palabras, difícilmente puede aplicarse el principio del tercero excluido, de acuerdo con el cual las cosas son o no son sin que haya más opción, cuando la afirmación y la negación de todos los atributos acumulados por la palabra constituyen los casos extremos en medio de los cuales habría una multiplicidad de casos en los que unos atributos se afirman y otros se niegan. Preguntas como: ¿Es verdadero el amor que María siente por Juan? ¿Ha sido feliz María? ¿Ha fracasado Juan en su vida? difícilmente pueden responderse como se resuelve un problema de álgebra, es decir, sin abundar en matices.

Si el lenguaje ordinario cumpliera con el principio de identidad, el lector se valdría únicamente de una lectura lineal-proposicional y el respectivo discurso sería un discurso autosuficiente en lo relativo a su comprensión. Si el lenguaje ordinario cumpliera con el principio del tercero excluido lo regiría una lógica binaria y los discursos estarían en condiciones de ser discursos apodícticos.

Porque el lenguaje ordinario no cumple con los principios de identidad y del tercero excluido, la argumentación realizada por su conducto acumula evidencias pero no pruebas. Así hubiera sacrificado los recursos literarios en el altar del concepto, el discurso ensamblado mediante el lenguaje ordinario no daría lugar a un saber demostrado. Habiéndose revelado ineficaz el sacrificio de los recursos literarios, el autor estaría en condiciones de reconsiderar su acción. Lejos de resultar superfluos o meramente ornamentales, los recursos literarios permiten precisar

determinadas ideas de manera clara o contundente, y operan, además, una creación continua de significado y sentido. Ello no dejaría de traer sus inconvenientes, sin embargo. Utilizar metáforas, realizar trasteos semánticos, atribuir a las palabras un significado y sentido diferente al acreditado en determinada sociedad o cultura, en determinado léxico, provocaría ambigüedad y dobles sentidos. Empero, tales inconvenientes pueden ser superados. Porque el lector elige entre múltiples resonancias semánticas acumuladas o potenciales acudiendo al contexto en la medida en que su formación intelectual lo habilite para tal fin, la imprecisión de las palabras sería una imprecisión virtual. Previo trabajo hermenéutico, en síntesis, la polisemia permitiría registrar las diferencias sin obstruir la comunicación.

Bajo el signo de la polisemia, la escritura y la lectura no pueden menos que calificarse como actos complejos en los que alternan los rodeos y los atajos, las encrucijadas y los callejones sin salida, los espejismos y los laberintos en los que autor y lector deben poner de su parte para salir adelante.

2. Lógica

Para evitar que el hombre escale la morada de la divinidad, cuando construía la torre de Babel, Yahwéh provocó la confusión de lenguas. Desde entonces la polisemia, el plurilingüismo de cualquier género o especie se ha visto como un impedimento, como un obstáculo entre el hombre y sus proyectos históricos. De allí múltiples gestas tendientes a suprimirle. En primer lugar, la aplicación de la lógica al lenguaje ordinario; en segundo lugar, la construcción de un lenguaje lógico universal. Mientras la primera pretende conjurar la dispersión de léxicos; la segunda, la dispersión de lenguas.

2.1. La aplicación de la lógica al lenguaje ordinario

Si el lenguaje ordinario es el resultado de una acumulación de ensayos más o menos afortunados por comunicarnos, de ensayos realizados a la deriva de las circunstancias, se trataría de un lenguaje casuístico, a medio hacer. ¿Es ésta la única opción? Porque en el mundo la repetición es la regla, porque la vida humana es una lucha contra la entropía, no nos

rendimos tan fácil ante la difuminación del significado y el sentido. En vez de dejar el lenguaje ordinario a su propio arbitrio, está la posibilidad de domesticarlo, de someterlo a los cánones de la lógica como si se tratara de las reglas de tránsito del pensamiento.

Antes que remontar sus ancestros a una hipotética *razón pura* (término de estirpe fantástica como el mundo de las ideas y el motor inmóvil), la lógica se inspira en aquellas regiones del ente sometidas a una rigurosa taxonomía como acontece con la biología. Por tanto, la aplicación de la lógica al lenguaje ordinario sería posible en los ámbitos de la experiencia en los que también sea posible verificar la existencia de una rigurosa taxonomía.

Si al ámbito de la biología lo rige una rigurosa taxonomía ello se debe a la existencia de clases naturales como ocurre con los animales que se reproducen por vía no aclonal. ¿Ocurre lo mismo en otros ámbitos de la experiencia? Las clases de energía, las clases de materia (los elementos, las partículas elementales) en el campo de la física, cumplen con las exigencias de una rigurosa taxonomía a nivel macroscópico. Dejando de lado lo acontecido a nivel microscópico (subatómico), en donde la aplicación de los principios lógicos encuentra diversas dificultades registradas por medio de principios como el de incertidumbre de Heisenberg y el de complementariedad de Bohr, debemos preguntarnos si en el ámbito socio-cultural es posible verificar la existencia de una rigurosa taxonomía.

La partición del mundo en clases, la existencia de los universales no sólo como conceptos en la mente, sino además como esencias en el mundo constituye uno de los supuestos de los más de los filósofos que han pretendido descubrir el orden del mundo o proponer en su defecto un modelo ideal. Desde Abelardo hasta Rorty, no obstante, los nominalistas han colocado en entredicho la existencia de los universales, cuyo origen no sería otro que la transmutación de la relación de semejanza en relación de igualdad, cuando el nombre común deja de concebirse como apodo compartido, para erigirse, en cambio, en universal; transmutación arbitraria en el ámbito histórico, como quiera que los fenómenos designados con la misma palabra no participan de un listado de atributos común, sino que comparten *un aire de familia* únicamente, si nos atenemos al último Wittgenstein.

Deslindar por ejemplo la materia inerte de la materia viva es tarea que (en el ámbito macroscópico) realizamos a partir de criterios relativamente sencillos como sería la autonomía de movimiento. Los científicos han definido criterios más precisos como serían el metabolismo y la reproducción. A diferencia de lo acontecido en el ámbito físico-biótico, el desenglobe del ámbito histórico pudiera ocurrir de muchas maneras.

En 1956 Guy Breton publica “Historias de amor de la historia de Francia”, obra a través de la cual se revela cómo la serie de los episodios palaciegos de índole erótico-sentimental jugaron un papel decisivo en la historia de Francia², la cual estaría articulada alrededor de una serie de episodios galantes. Obviamente, los historiadores profesionales toman distancia de la perspectiva desde la cual Guy Breton realiza sus análisis y ofrecen lecturas alternativas. Estarían los autores que miran la Historia de Francia como una sucesión de guerras desencadenadas en torno a unas fronteras inestables; otros, como la disputa por el poder en la que participan personajes ambiciosos y las más de las veces sin escrúpulos; otros, como una lucha de clases por la propiedad de los medios de producción. Varían los conceptos y las categorías utilizados. Episodios galantes, ejércitos, facciones políticas, clases sociales constituyen unidades históricas cada una de las cuales estaría comprometida con cierta manera de parcelar el mundo, de construirlo también. No obstante, las desviaciones del ámbito socio-cultural frente al modelo del ámbito físico-biótico no terminan allí. Las posibilidades de parcelar el ámbito socio-cultural no sólo se multiplican, además se superponen. En un mismo ejército militan personas de diferentes clases sociales. Cuando los protagonistas de un episodio galante pertenecen a diferentes facciones políticas, el episodio en cuestión puede ser abordado desde distintos léxicos. Véase al respecto el análisis que hace Lukács (pensador marxista) de una de las más afamadas novelas del romanticismo: *Las cuitas del joven Werther* de Goethe, en torno a la lucha de clases. Lejos de ser un caso excepcional, la superposición de significados y sentidos alrededor de un mismo fenómeno, de un mismo episodio suele ser la regla. Una flor puede ser un detalle galante, un artículo de exportación, un símbolo heráldico o un lugar común. La palabra “invasión” puede servir a la dama para referirse a los avances de su enamorado, al gerente para aludir

² BRETON, Guy, *Historias de amor de la historia de Francia*, Barcelona: Bruguera, 1970.

a una baja de aranceles, al médico cuando registra una epidemia y al militar cuando cruza la frontera.

Como los diferentes léxicos gravitan alrededor del mismo lenguaje ordinario, en torno de la misma palabra se superponen una multiplicidad de resonancias semánticas dando lugar a una diversidad de usos, algunos más acreditados que otros, cuando los primeros aparecen registrados por la ortodoxia como significados propios de la palabra en cuestión, dejándose para los últimos el rótulo de significados figurados. Cuando son varios los usos (hasta cierto punto) acreditados, se reconoce la existencia de otras tantas acepciones. Todo lo cual no deja de estar incompleto. De allí la existencia de los diccionarios especializados que recogen los usos de una palabra en determinado léxico, para determinado rol, muchos de los cuales no aparecen en los diccionarios generales.

Lejos de ser una anomalía de la comunicación, la polisemia constituye un subproducto de la diversidad de léxicos, léxicos usados por el interlocutor o el autor según sea su ocupación, edad o actitud, inclusive, comprometido cada uno de ellos con determinada partición de mundo. Dicho de otro modo, la diversidad de léxicos deriva de la diversidad de roles, como otras tantas vías tendientes a la construcción de mundo. Lejos de ser fenómeno exclusivo de la sociedad industrial contemporánea, la diversidad de roles remite a la condición del hombre como ser en construcción, siempre a medio hacer, como quiera que la existencia se forja de cara al futuro. Lo contrario también es cierto. Si no hay multiplicidad de léxicos, no hay multiplicidad de roles; si no hay multiplicidad de roles, no hay historia, lo cual no quiere decir que se interrumpa el devenir ni mucho menos, pero si los cambios sustantivos, los cambios estructurales, los mismos que comprometen las vías tendientes a la construcción de mundo. La polisemia y la historicidad, en síntesis, se implican mutuamente.

2.2. Un lenguaje lógico universal

A pesar de las dificultades derivadas de la aplicación de la lógica al lenguaje ordinario, en algunos círculos académicos es posible verificar la tendencia a reducir las palabras a los conceptos en lo relativo al ámbito socio-cultural, cuando la palabra se compromete con determinados

atributos, cuando se jerarquizan sus semas o elementos mínimos de significación en la terminología de Greimas.

Porque la imprenta, los *mass media*, internet han potenciado la circulación del saber, la diversificación de léxicos adquiere un ritmo cada vez más pronunciado, multiplicando las acepciones, los usos, pero también los conceptos ensamblados a partir de la misma palabra, cada uno de los cuales la compromete con determinados atributos. La diversidad de definiciones, es decir, de conceptos del “término” filosofía resulta ser legión. Otro tanto acontece con términos como universidad, solidaridad, inteligencia. En diccionarios especializados como el de filosofía alternan múltiples conceptos paralelos en torno a las palabras claves de esa disciplina. Con la multiplicación de los conceptos retornamos al punto de partida. No falta quien exija la aplicación de medidas todavía más drásticas, quien plantee la posibilidad, la necesidad mejor, de elaborar un lenguaje lógico universal que rompa de una vez por todas con la promiscuidad semántica.

En lo relativo a la construcción de un lenguaje lógico universal, Borges proporciona un ejemplo: John Wilkins en el siglo XVII “dividió el universo en cuarenta categorías o géneros subdivisibles, luego en diferencias, subdivisibles a su vez en especies. Asignó a cada género un monosílabo de dos letras; a cada diferencia, una consonante; a cada especie, una vocal. Por ejemplo: *de*, quiere decir elemento; *deb*, el primero de los elementos, el fuego; *deba*, una porción del elemento del fuego, una llama”³.

Para articular un lenguaje conceptual perfecto, el autor no puede menos que partir de las clasificaciones disponibles en su respectiva época y cultura, como si fueran las únicas, como si fueran las últimas. Ello, no obstante, sería discutible. Como lo ha revelado la historia repetidas veces, las clasificaciones por más longevas que sean son provisionales, no sólo por incremento, fusión, o superposición de las categorías, sino además porque se revele obsoleta la perspectiva desde la cual se han realizado, cuando no es que se cuestiona la posibilidad de desenglobar el respectivo campo semántico. Veamos lo ocurrido con los géneros literarios. En Grecia se postuló su clasificación tripartita en épica, lírica y drama desde una

³ BORGES, Jorge Luis: “El idioma analítico de John Wilkins”, en *Otras inquisiciones, Obras completas*. Buenos Aires: Emece, 1989-1996. v. 2, p. 85.

perspectiva que -en líneas generales- corresponde a la pareja de contrarios subjetividad-objetividad. Más subjetiva la lírica, más objetiva la épica, intermedio el drama. Mas adelante fue menester realizar subdivisiones para dar cabida a géneros como la canción, la trova, la novela. Con Quintiliano, se duplican las categorías, cuando se adicionan las de historia, oratoria, filosofía. Hubo, de otro lado, quienes como Bajtín asumen un cambio de parámetros. En vez de la pareja de contrarios subjetividad-objetividad, propone la pareja monofónico-polifónico. No faltan, inclusive, quienes como Horacio entre los antiguos, Croce entre los modernos, hablen de la recíproca invasión de los géneros, de la difuminación de sus fronteras por obra y gracia de los genios como sería el caso de Borges en nuestro tiempo. Las clasificaciones del ámbito socio-cultural serían, en síntesis, maneras arbitrarias de parcelar el mundo, de desenglobar la experiencia.

En la tentación de transmutar el lenguaje ordinario en lenguaje lógico ha caído más de uno. No obstante, sus resultados suelen ser precarios. O bien se han construido lenguajes lógicos cuyas aplicaciones se restringen a zonas muy específicas de la experiencia. O bien no se han asumido tales restricciones y los lenguajes lógicos no han pasado de ser simples curiosidades en la historia, las más de las veces pintorescas por decirlo de alguna manera, como sería la máquina por medio de la cual Raimundo Lullio pretendía reproducir las operaciones de la mente de Dios.

Las consecuencias derivadas de la utilización de un lenguaje conceptual se potencian todavía más con las traducciones. En los términos filosóficos habilitados por los filósofos griegos todavía conservan su protagonismo las resonancias semánticas acumuladas por los diferentes usos. Traducidos al latín, primero; al español, después, términos como *logos*, luego *ratio*, entre nosotros “razón”, han sido víctimas de una drástica poda semántica. Si leemos una traducción del primer versículo de la introducción del Evangelio según San Juan: “En el principio era la *razón*”, ello nos *suen*a bien extraño.

3. Matemática

Así no resulte fácil someter el lenguaje ordinario a la lógica y menos aún relevarlo por un lenguaje lógico, no faltan quienes han dado un paso todavía más audaz para socavar el primado de las diferencias, la polisemia,

el plurilingüismo, cuando postulan un criterio único para desenglobar el mundo. En la antigüedad el candidato fue el placer; en la actualidad, el dinero. Si obtener la mayor cantidad de placer, la mayor cantidad de dinero constituye la meta, sería posible dirimir los eventuales dilemas, las encrucijadas de la existencia mediante una simple operación matemática.

Como ha sido señalado por Martha Nussbaum, en *La fragilidad del bien*, la fórmula socrática según la cual nadie hace el mal sino por ignorancia resultaría evidente siempre y cuando podamos aplicar un patrón de medida universal⁴. Si debemos elegir entre dos lotes de terreno, y el criterio es el tamaño, bastaría medir. Si urge llegar lo más pronto posible a determinado lugar y debemos elegir entre el tren y el bus, bastaría adicionar a la hora de salida del vehículo el tiempo del trayecto, y optar por el menor. En esas condiciones difícil es errar. Quien se equivoca, debemos concluir, no sabe medir.

Cuando se trata de elegir entre dos cosas diferentes, las matemáticas sirven siempre y cuando sea posible reducirlas a un parámetro común. Si un comerciante vacila entre comprar una lancha o un barco, la cantidad de carga que puedan transportar en determinado período de tiempo le sirve de criterio, tomando en consideración la capacidad de almacenamiento y la velocidad de desplazamiento. No obstante, cuando los criterios resultan inconmensurables las matemáticas no operan. Un par de ejemplos. Un político vacila entre aceptar un cargo que puede impulsar su carrera o firmar un contrato que puede llenar sus arcas. El político sabe que en las vitrinas de la sociedad de consumo no podrá adquirir sino un remedo del afán de reconocimiento que persigue, pero presume, de otro lado, que la actividad política no multiplicará sus ingresos en la medida de sus ambiciones. Un escritor vacila entre una editorial de provincia que le garantiza una rápida publicación de su obra y una editorial de la capital que le garantiza una amplia difusión un par de años después. Es el conflicto entre el “ya” y el “mucho”, entre un presente que no dilata y un futuro que no escatima. No obstante, hay quienes perseveran en el intento por postular un parámetro universal.

⁴ NUSSBAUM, Martha, *La fragilidad del bien*, Madrid: Taurus, 1995, p. 164.

Quien pretenda aplicar la matemática a la moral, forzosamente debería asumir una concepción unitaria de la virtud, como la condición de la posibilidad de la aplicación de un parámetro único. A diferencia de Protágoras, Sócrates dirá que la virtud es una. ¿Sería plausible? De la concepción del hombre como ser histórico deriva la diversidad de vías para la construcción de mundo, su contingencia, además. De la diversidad de roles, ya lo hemos dicho, surge la diversidad de léxicos. ¿Es posible conciliar un monoteísmo axiológico con la diversidad de léxicos? Por supuesto que no. Léxicos diferentes acreditan valores diferentes. Léxicos cientifistas, hábitos lingüísticos lógicos posibilitan la ciencia matemática, la producción en serie, la fábrica y acreditan valores como la productividad y la eficiencia. Poemas, figuras literarias, acreditan valores como la originalidad y la creatividad. Tratados, sumas teológicas acreditan valores como la estabilidad y anatematizan la disidencia, comprometidos con los universales incuban el germen del autoritarismo. Mientras los universales legitiman el dogmatismo, las diferencias habilitan para la tolerancia.

Reconocida la vigencia de un politeísmo axiológico, sería menester adelantar la reivindicación de Protágoras frente a Sócrates. Contrario a lo sostenido por Sócrates, la virtud no sería una, sino múltiple. Aun cuando los monoteísmos axiológicos han hecho carrera a través de la historia, ello ha sido con el concurso de la fuerza, es decir, de la policía.

4. Literatura

Con relación a las regiones del ente regidas por una rigurosa taxonomía, debemos reconocer la pertinencia del discurso lógico. Con relación a las regiones del ente en las que se superponen diferentes taxonomías, debemos reivindicar, en cambio, la diversidad de léxicos, como un subproducto de la complejidad de la existencia, de la contingencia del acontecer. Someter la comunicación relativa al ámbito socio-cultural a las exigencias propias de la racionalidad apodíctica sería viable a condición de abolir la polisemia, la diversidad de roles, o lo que es igual, la historicidad del hombre. Ello implicaría, no obstante, la simplificación de la existencia, o para decirlo de manera todavía más clara, la muerte del hombre en lo que tiene de propio y de distinto.

A la par que dificulta la comunicación, la diversidad de léxicos la enriquece. Cada léxico aporta sus variedades semánticas desde un punto de vista sincrónico. Desde un punto de vista diacrónico, en cambio, los significados y sentidos se multiplican a través del cruce de léxicos (como ocurre con las metáforas), de la superposición de léxicos (como ocurre con la paradoja, con la ironía, inclusive), y lo hacen con una profusión tal que los diccionarios nunca terminan por registrar. De no ser por las figuras retóricas, los diferentes léxicos terminarían tarde o temprano confinados en otros tantos guettos culturales bajo el signo de una vocación autista. Gracias a las audacias semánticas de la literatura, el sentido apalabrado no sólo crece por la adición de léxico, por la formación nuevas palabras y la acuñación de neologismos, sino además por la multiplicación de las relaciones entre las diferentes palabras y expresiones, por la variedad y complejidad de sus conexiones. Reivindicada la diversidad de léxicos en el ámbito socio-cultural, es menester preguntarnos si no incurriríamos en la incomunicación. Porque los diferentes léxicos proceden del lenguaje ordinario, la comunicación todavía es posible en la medida en que ese mismo lenguaje ordinario sirve de puente. No se trataría de una comunicación automática, se trataría, en cambio, de una comunicación compleja, la cual se hace posible en la medida en que se construyen contextos compartidos, tarea laboriosa por cierto.

Así como la lógica juega un indiscutible protagonismo en el ámbito físico-biótico, en el que el lenguaje científico da cuenta de una serie de fenómenos regidos por una rigurosa taxonomía; en lo relativo al ámbito histórico, en cambio, la literatura juega un papel estelar, en cuanto los recursos retóricos constituyen la condición de la posibilidad de un espacio semántico polifónico, en donde se construye y reconstruye la diversidad de léxicos. La reivindicación de los recursos literarios en los discursos humanísticos es algo que se ha venido haciendo en los últimos tiempos por autores como Nietzsche y Heidegger, Derrida y Rorty, a riesgo de ser descalificados por los filósofos metafísicos como no-filósofos, anti-filósofos o filósofos irracionalistas.

Si los conceptos son metáforas que olvidaron que lo son, de acuerdo con la conocida tesis de Nietzsche, si “(...) la mayor parte de nuestro sistema conceptual ordinario es de naturaleza metafórica”, si nos atenemos a los

juiciosos análisis de Lakoff y Johnson⁵, los léxicos, y el de la filosofía no sería una excepción, no han formulado su aparato conceptual característico como resultado de procesos endógenos, sino gracias al encuentro con otros léxicos, es decir, en el espacio polifónico de la comunicación. Para empezar, el concepto de “filosofía”, etimológicamente amor a la sabiduría, es una metáfora en la que el campo semántico del saber toma prestado el término “amor” del campo semántico de la vida sentimental. La metáfora no es gratuita. Una explicación intelectualista de la adicción provocada por la filosofía en los filósofos como sería por ejemplo “interés en el saber” resultaría insuficiente, siendo menester explicitar dicha adicción mediante un tipo de compromiso superlativo como sería el del amor. El concepto del yo, como unidad de la diversidad (origen, fundamento, según las diversas corrientes de pensamiento) de la vida intelectual deriva de la secularización del concepto de alma, el cual remite al concepto fisiológico de hálito, como aparece por ejemplo en Homero. El concepto de causa procede del concepto de culpa, de imputación, un concepto de estirpe jurídico-religiosa y así sucesivamente.

5. Conclusión

De haber sido posible la racionalidad apodíctica en lo relativo al ámbito histórico, la metafísica, la filosofía de la historia hubieran sido su feliz culminación. Así como hablamos de las leyes de la física y la biología, hablaríamos de leyes de la historia y del hombre normal. No obstante, no fue así. Dada la complejidad inaudita de la existencia, fiel expresión de un ser abierto a sus posibilidades; dada la vocación polifónica de la comunicación, no sólo fracasan la metafísica y la filosofía de la historia, cuando además los recursos retóricos adquieren un protagonismo de primer orden; recursos retóricos por medio de los cuales se multiplican los puentes entre los hombres, se hace más fina y versátil la trama de significado y sentido a través de la cual transcurre su existencia, se opera, en fin, una creación continua de significado y sentido.

De haber sido posible la racionalidad apodíctica, los filósofos hubieran terminado por elaborar mapas, guías para salir del laberinto que hemos

⁵ LAKOFF, George, y JOHNSON, Mark, *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid: Cátedra, 1995, p. 40.

venido construyendo desde cuando trascendimos el eterno presente del reino animal. Porque a diferencia del animal el hombre no tiene naturaleza, sino historia, porque no le corresponde una esencia, sino una existencia, la gesta de la metafísica, de la filosofía de la historia lejos ha estado de cumplir con las expectativas creadas. La tarea del filósofo debe ajustarse en consecuencia.

Alguien tiene que hacer de *abogado del diablo* en el proceso de canonización, de sacralización, inclusive, de los *ismos* de turno, cuando anonadados por sus éxitos en algún tiempo o lugar les adjudicamos el patronato de la historia, el monopolio del sentido, de la esperanza, inclusive. No es otra la tarea del filósofo por medio de la cual reivindica lo que el ser humano tiene de propio y de distinto, su condición de ser abierto a sus posibilidades. No obstante, la tarea del filósofo también tiene sus límites. Si haber conquistado un acceso privilegiado a la “verdad” por el atajo de la imaginación no garantiza una humanidad dócil como experimentó Platón en sus tres malogrados viajes a Siracusa; mantener abierto el mundo, evitar su clausura tampoco sería suficiente para asegurar el incremento de libertad, solidaridad o sentido; no obstante, es su condición necesaria.